



**Micaela Pellegrini,
Agustina Mosso,
Paula Caldo**

AGUJAS, MADERAS Y PINCELES

**Reflexiones e imágenes en torno a una Escuela Técnica
que forma profesionales para el mundo del trabajo
Centeno: 1938 al presente**

CONICET



I S H I R

Agujas, maderas y pinceles

Micaela Pellegrini, Agustina Mosso, Paula Caldo

Agujas, maderas y pinceles

Reflexiones e imágenes en torno a una Escuela Técnica
que forma profesionales para el mundo del trabajo.

Centeno: 1938 al presente

CONICET



I S H I R

Pellegrini, Micaela

Agujas, maderas y pinceles : reflexiones e imágenes en torno a una Escuela Técnica que forma profesionales para el mundo del trabajo, Centeno : 1938 al presente / Micaela Pellegrini ; Agustina Mosso ; Paula Caldo. - 1a ed. - Rosario : ISHIR - Instituto de Investigaciones Socio Historicas Regionales del CONICET, 2018.

70 p. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-987-25834-8-4

1. Historia de la Educación. 2. Historia Argentina. 3. Cultura y Sociedad. I. Mosso, Agustina II. Caldo, Paula III. Título
CDD 370.982

© 2018, Micaela Pellegrini, Agustina Mosso y Paula Caldo

© Investigaciones Socio-históricas Regionales (ISHIR/CONICET-UNR)

Diseño y maquetación: Guillermo Ferragutti

Foto de tapa (digitalización): Álbum de fotos de la *Escuela de Enseñanza Técnica Profesional* N° 673 Batalla de San Lorenzo.

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina, tirada de esta edición: 220 ejemplares.

Presentación

Presentar un libro institucional no solo implica abrir una nueva puerta al conocimiento sino también transitar un diálogo renovado con la sociedad. Un diálogo, a partir del cual, recuperamos dimensiones de una herencia colectiva, resignificamos desde el presente vínculos con generaciones que nos precedieron, con sus saberes, sentidos, acciones y sentimientos. Pero que también torna posible la apropiación de la vida cotidiana de aquella sociedad de otros tiempos y la proyecta hacia el futuro.

Esta es, en esencia, la estrategia que pretendemos transmitir a partir de la edición de *“Agujas, maderas y pinceles...”*, el fruto enriquecido de un esfuerzo colectivo llevado adelante por un conjunto de investigadores, becarios y CPA del Instituto de Investigaciones Socio-Históricas Regionales (ISHIR), dependiente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas y de la Universidad Nacional de Rosario y diversos actores sociales de la Comuna de Centeno.

Por eso, nuestra pretensión a través de estas páginas es ir más allá del acto educativo específico, de las formalizaciones didácticas pertinentes, abriendo camino a la percepción y a la comprensión de quehaceres cotidianos llevados adelante por un conjunto de actores/sujetos del pasado que dejaron sus pequeñas pero significativas huellas en el interior de aquella comunidad. Pero la cuestión no es

solo percibir y comprender, es también poder internalizar el significado de su paso en esa trama societal de la que formamos parte y, desde ese lugar, detectar cuánto y cómo las acciones del pasado incidieron en la reconfiguración de nuestras propias identidades presentes.

El desafío queda abierto y son nuestros lectores los que podrán decirnos en un futuro si esta experiencia que nos ha convocado cumplió sus objetivos.

Dra. Marta Bonaudo

Introducción

El presente libro es producto de un trabajo colectivo realizado en el marco del Proyecto “Patrimonio, memorias locales y proyecciones futuras en una localidad de la provincia de Santa Fe: Centeno” (Agencia Santafesina de Ciencia, Tecnología e Innovación, Número de proyecto: 2010-081-16, Resolución 118/216). Por lo cual, bajo la dirección de la Dra. Marta Bonaudo trabajaron junto a quienes oficiamos de autoras, el Mg. Fernando Navarro, la Dra. Irene Doszta, el Lic. Guillermo Ferragutti y la Dra. Belén Colasurdo. A grandes rasgos, fue un equipo interdisciplinario conformado por investigadores, becarios y personal de apoyo de la Unidad Ejecutora Investigaciones Socio-históricas Regionales del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas.

Como versa en el título del proyecto, la apuesta fue generar criterios, estrategias y actividades para poner en valor el patrimonio de Centeno, una localidad de 4.000 habitantes, perteneciente al Departamento San Jerónimo, Provincia de Santa Fe (Argentina), cuya traza urbana fue aprobada en el año 1890, al calor del avance del tendido de las líneas del ferrocarril (Ferrocarril Central Córdoba y Rosario). Por la densidad demográfica, dicho pueblo no alcanzó el rango de ciudad, manteniendo como principal autoridad política la figura del Presidente de Comuna. Estos emplazamientos urbanos son la clara expresión del modelo agroexportador, en esta configuración económica Centeno forma parte de la cuenca lechera de la provincia de Santa Fe. Esto es, se

trata de un pueblo donde la principal actividad económica está vinculada a la producción láctea (el tambo y las fábricas de productos derivados de la leche), con incidencia de la agricultura y la ganadería en pie. En el plano cultural, la localidad cuenta con dos clubes deportivos y una asociación étnica conocida como Sociedad Italiana. En cuanto a la cobertura educativa posee una escuela de enseñanza primaria urbana, dos de educación primaria rural, un jardín de infantes, una escuela de educación secundaria y una de educación técnica para adultos (AAVV, 1990; Bonaudo, 2006).

Abordar una población desde la perspectiva del patrimonio implicó algunos desafíos. En primer lugar, lograr que los vecinos del pueblo se familiaricen con la propuesta y, luego, generar estrategias para trabajar en conjunto tanto en el reconocimiento y puesta en valor del patrimonio como también en la construcción de líneas y criterios de conservación y proyección futura del mismo. Nos motivó el modo en que la UNESCO entiende al patrimonio, “en su sentido más amplio es a la vez un producto y un proceso que suministra a las sociedades un caudal de recursos que se heredan del pasado, se crean en el presente y se transmiten a las generaciones futuras para su beneficio”. Así, la expresión patrimonio amerita una triple temporalidad donde pasado, presente y futuro se juntan analíticamente para generar proyectos de intervención. En este sentido, trabajar el patrimonio de una población implica ejercer una tarea reflexiva sobre el pasado en vista a proyecciones futuras. Aquí, la expresión transmisión adquiere relevancia en tanto refiere al pasaje inter-generacional de los saberes, prácticas, estrategias y recursos históricamente produci-

dos por una comunidad. En otras palabras, se transmite para que todo aquello que se vivió, pensó, sintió y valoró no muera con sus creadores (Debray, 1997). En esos pasajes siempre se activa un componente de novedad que, paradójicamente, en tanto conserva, altera, supera, mejora o transforma (Hassoun, 1996). Por lo cual, los ejercicios vinculados a la puesta en valor del patrimonio y a la transmisión entre generaciones, más que obturar, son posibilitadores de futuro. Desde este registro nos propusimos trabajar el patrimonio tangible e intangible de Centeno y así llegamos a la *Escuela de Enseñanza Técnica Profesional* N° 673 Batalla de San Lorenzo, objeto de estudio del presente libro.

Ahora bien, es necesario describir las decisiones y precisiones metodológicas con las que procedimos en esta investigación. En principio, este trabajo no hubiese sido posible sin la predisposición, ayuda, solidaridad y apertura de archivos e información brindada por la maestra de labores Mirta Cabral, actual directora de la Escuela. Ella colaboró con el proyecto desde su inicio y abrió las puertas del establecimiento educativo para que se relevara y ordenara el archivo con miras a consultas futuras y como condición de posibilidad previa y crucial para la escritura de la historia institucional. De este modo, no solamente ordenamos los papeles que había en la Escuela sino que fueron convocadas ex docentes y ex alumnas para aportar materiales producidos durante el paso por el establecimiento. Así, se consignaron: carpetas, cuadernos, trabajos, planificaciones, fotografías, entre otros. Esos documentos fueron digitalizados y rápidamente devueltos a sus dueñas. Asimismo, cada una de ellas respondió a una serie de entrevistas

semi-estructuradas en torno al eje: “la experiencia de ir a la Escuela Técnica (aprendizajes, prácticas de enseñanza, proyección laboral, dificultades, anécdotas, sociabilidad)” (Guber, 2004). Las entrevistas fueron filmadas e incorporadas como material de archivo. En consecuencia, entre memorias recuperadas por la oralidad y papeles se conformó el Archivo de la Escuela Técnica de Centeno (en adelante AETC), principal insumo del contenido que podrán leer en este libro. Trabajar en la consignación de estos materiales generó una línea de reflexión en torno a qué es un archivo escolar. Entendiendo luego de la experiencia que: estos archivos en general son siempre inconclusos en tanto una parte anida en la escuela pero el resto se va con cada uno de sus alumnos y docentes. Son archivos abiertos, nunca acabados no solo porque la escuela sigue produciendo papeles sino porque la condición de tránsito de sus protagonistas lo provoca. Aquí, es fundamental mencionar a quienes participaron en las entrevistas que sostienen la información tanto del archivo como del contenido que estas páginas dan a leer: Nimia Giampaoli, Nelli Corradini, Marta Brutinel, María Manchini, María Inés Gennero de Montivero, Marta de la Varga, Nilda Bustos, Elisa Cosimi, Mirta Cosimi, Isabel Spini, Elena Delfino, Ana Bocci, Marina Díaz, Leopoldo Galetto, Omar Potassa, José Aquilanti, Joaquín Páez, Daniel Quintero, Elisabeth Busilacchi, María Alejandra Ordóñez y Ana Leroyer.

Finalmente, explicamos al lector que al sumergirse en este libro encontrará en primer lugar una aproximación a la historia de la Escuela Técnica a los fines de recuperar su especificidad fundacional y las posteriores transformaciones curriculares sostenidas en un doble diálogo: los mandatos

nacional-provinciales y la particularidad local. En una segunda parte, el análisis se concentrará en una serie compuesta por ocho fotografías representativas de las tantas que la vida escolar permitió acumular. Escogimos las fotografías no solamente por el valor como huella del pasado que han adquirido en la actualidad (Burke, 2005; Puppo y Queirolo, 2017), sino porque nos permiten ver los rostros, portes, expresiones y visualidades que la propia escuela construyó para sí y para la posteridad. Tanto la primera como la segunda parte del relato presentado se proponen recuperar la importancia de esta escuela como una de las tantas que el Estado creó para educar específicamente a mujeres. Esto es crucial al momento de pensar el mundo del trabajo femenino, las acciones de Estado para con las mujeres y las implicancias que las mismas tuvieron en una población en particular, en este caso: Centeno. Aclaramos que el análisis presentado en estas páginas ha sido lentamente madurado por las autoras y volcados en diferentes informes de investigación (Caldo y Pellegrini, 2017; Caldo, 2018).

De Escuela Hogar de Mujeres a Escuela Técnica Profesional Mixta

La *Escuela de Enseñanza Técnica Profesional* N° 673 Batalla de San Lorenzo, a la que hoy concurren varones y mujeres a los fines de formarse para ingresar al mundo del trabajo, surgió en el año 1938 para educar exclusivamente a mujeres. La misma fue producto de la gestión del médico y diputado provincial, por entonces residente en la localidad, Dr. José Véscovi. La Escuela surgió como un espacio reconocido, financiado y gestionado en términos académicos por el Estado provincial. El objetivo era crear una institución educativa pos-primaria para que las muchachas del pueblo y de otros aldeaños no tuviesen que trasladarse a las grandes ciudades para recibir perfeccionamientos educativos. El efecto de esta decisión fue rápidamente capitalizado por las familias lugareñas. El recuerdo de las ex-alumnas así lo expresa:

“Mi mamá me mandaba a la escuela para que no esté en la calle...” Dice Nelli: “Yo no quería viajar todos los días, estaba el secundario en San Genaro, en Rafaela, pero no quería, así que me quedé acá y fui a la Escuela Técnica” (AETC, Corradini, Nelli, 2016).

Agrega Nimia: “Con 12 años irnos del pueblo (expresión de negación en su rostro)..., yo lloraba tanto, ahora sería distinto, pero en esa época noooo, íbamos a la escuela, aprendíamos y cuando volvíamos a casa..., en mi casa éramos todas mujeres y era así, era terminar de almorzar, bañarse y sentarse a tejer,

yo hacía muchos trabajos en la escuela y en casa” (AETC, Giampaoli, Nimia, 2016).

Finalmente, Ana comenta: “Costaba venir a la escuela, venía todos los días en bicicleta, con 13 años, vivía en el campo..., antes terminabas el sexto grado y te mandaban a aprender un oficio” (AETC, Bocci, Ana, 2016).

Sabido es que desde inicios del siglo XX en Argentina venían creándose Escuelas Profesionales y del Hogar para mujeres.¹ Durante los años 1930s y 1940s esa práctica se afianzó, concentrando la oferta educativa en las labores de punto: corte y confección, tejido y bordado. Sin dudas, la historia de la Escuela Técnica de Centeno dialoga con las transformaciones en las formas del trabajo que venían ocurriendo a escala nacional. Siguiendo a Mirta Lobato (2007), entendemos que, durante la entreguerras, cristalizaron una serie de modificaciones en el mundo del trabajo que impactaron directamente en el universo femenino. El crecimiento industrial contempló a las mujeres como mano de

1. Agradecemos a la Dra. Verónica Oelsner por facilitarnos las Memorias del Ministerio de Instrucción Pública (en adelante citado como MMIPN) donde se presentan los informes anuales de diferentes escuelas profesionales y del hogar del país. Así supimos de la existencia de este tipo de escuelas en la ciudad de Rosario (provincia de Santa Fe), en Concepción del Uruguay (Entre Ríos), en la ciudad de Córdoba, en La Rioja y en San Fernando (provincia de Buenos Aires), haciéndose más profusa su apertura en años posteriores. En dichas memorias versa que estas escuelas perseguían el propósito de hacer de las mujeres un “elemento social productivo” en dos años de entrenamiento pautado. Así, se exponían los cursos de tejido, bordado, sombrerería, costura, sastrería, etcétera.

obra. Justamente, una de las industrias que adquirió mayor impulso fue la textil. Los datos estadísticos reconocidos por Lobato lo verifican. Para el año 1947 las obreras estaban situadas en primer lugar en el rubro de la confección (63%) y luego en el textil (49%). Empero, esta nueva apertura de los trabajos extra-domésticos fue acompañada por políticas de capacitación técnico profesional. En este contexto se inscribe la oferta educativa de la Escuela de Centeno con sus talleres de bordado, costura, tejeduría, pero también con una batería de materias que aportaban saberes en general a las estudiantes: economía doméstica, cocina, etcétera.

En fechas exactas, esta Escuela fue fundada en 1938 bajo la modalidad de “Escuela de Hogar” y así funcionó hasta 1950. Las jovencitas que allí concurrían recibían conocimientos relativos a lo que se estimaba femenino: el hogar y sus quehaceres. Empero, el acento estuvo puesto en las labores de punto, específicamente: bordado a mano y corte y confección. Ese corpus de saberes prácticos era complementado con algunas notas generales de lenguaje, matemáticas y religión como también economía doméstica y clases prácticas de cocina. El personal de la institución estaba integrado por una maestra normal generalista y profesoras de labores idóneas: costura y bordado, coordinadas por una directora y asistidas por una portera.

No obstante, en la década del cincuenta la Escuela sufrió modificaciones en su nomenclatura, contenidos y alcance de los títulos otorgados. Concretamente, en 1950 pasó a ser *Escuela de Capacitación de la Mujer y del Hogar N° 49*. Un año después, por resolución superior, se incorporó el

calificativo *Batalla de San Lorenzo* (que conserva hasta la actualidad), para finalmente pasar a ser *Escuela Técnica Profesional de Mujeres N° 149*, en 1952.

Esta última modificación vuelve aún más atractiva la historia de esta institución, puesto que eleva a sus alumnas a la condición de *profesionales*. La pregunta ¿qué es una profesión?, demanda una respuesta que los estudiosos del tema no logran condensar en un concepto unívoco. Por lo cual, o se resuelve el tema anclándolo en un tipo de formación (el estudio, la calificación, el grado académico), o se lo remite al plano institucional, acentuando las condiciones de posibilidad, los saberes y las experiencias que demandan los espacios institucionales para que tal o cual sujeto se desenvuelva efectivamente. Por supuesto que esas instituciones requieren ciertos saberes que, tarde o temprano, terminan generando espacios formativos académicos afines. Sin dudas, la apuesta es abordar el problema situado en términos contextuales e históricos. Así, cada realidad regional, urbana, local construye sus profesiones con los consecuentes profesionales (Freidson, 2001). Asimismo, la aplicación de la sociología de las profesiones al contexto latinoamericano en general y argentino en particular, implica mensurar las condiciones de existencia que estas realidades ameritan (Panaia, 2007). Más aún cuando, como en el caso que compete a la escuela tratada en este libro, abordamos una oferta de *educación profesional* situada en una población de 4000 habitantes, dirigida exclusivamente a mujeres, siendo la única propuesta de formación en oficios pos-primaria de la localidad y resultando la principal actividad económica local: la producción láctea, la ganadería y la agricultura. En otras palabras ¿cuál era el sentido

de la profesionalización en tejido, bordado y costura de las mujeres en una población en la cual la industria textil no tenía incidencia? Una primera respuesta es, la existencia de esta oferta educativa es parte de una línea de políticas nacionales que, en diálogo con el proceso de industrialización por sustitución de importaciones ocurrido en los años treinta, apuntó a capacitar a las mujeres para el trabajo en la industria textil. Sin dudas, la Escuela comienza con bordado a mano pero en los años cincuenta se complejiza con bordado y tejido a máquina o también llamado industrial. Sin embargo, las muchachas de Centeno no tenían fábricas textiles locales donde emplearse. Por lo cual, su proyección laboral fue para reforzar el trabajo doméstico puertas adentro del hogar, para ofrecer labores de punto en forma independiente en el pueblo o emplearse a distancia en emprendimientos textiles regionales (por supuesto en condiciones labores de sub-empleo).

Siguiendo a Eliot Freidson, Carla Reyna (2016) presenta las características que distinguen a los procesos de profesionalización. De este modo, enumera: la existencia de una actividad laboral con demanda amplia de empleo; el surgimiento de espacios educativos consecuentes; la formación de colegios de profesionales; la sanción de leyes de protección y la construcción de una deontología específica. En perspectiva y a la luz de la escuela estudiada, estas características se cumplen relativamente. En primer lugar, Centeno no estaba emplazado en un área industrial, por lo cual los saberes adquiridos serían proyectados en los quehaceres domésticos o en manufacturas de consumo local. Luego, las alumnas elegían la propuesta, fundamentalmente, porque no querían abandonar la localidad para seguir

estudios superiores en otras ciudades. Finalmente, las familias aspiraban a que sus hijas aprendan los saberes del hogar pero también para ordenarlas en los años difíciles de la antesala del matrimonio. Esto es, ocuparlas en una actividad formativa y productiva con vista a aprender saberes necesarios y útiles para el desempeño como amas de casa. El dato que corrobora esto es que la Escuela aceptó dos tipos de alumnas: libres y regulares. Estas últimas serían quienes obtendrían el título habilitante. Curiosamente, la matrícula siempre manifestó un desequilibrio entre las categorías, siendo superior el número de alumnas libres, quienes solamente tomaban los cursos prácticos, sin la posterior obtención del título profesional (AETC). Tendencia que se prolongó en el tiempo impidiendo la cristalización efectiva del perfil profesionalizante de la Escuela. Sin dudas, la costumbre resiste al avance de los tiempos, haciendo que el ideal de mujer doméstica, atenta y dispuesta para cuidar a los otros, se imponga a pesar de los cambios de época (Murillo, 2006).

Quienes optaban por la modalidad de alumnas regulares estaban comprometidas a permanecer tres años en la institución. La nómina exacta de materias asignadas para cada año fue reconstruida a partir de los boletines de calificación expedidos por el Ministerio de Justicia y Educación de la Provincia de Santa Fe y bajo la supervisión de la Dirección General de Escuelas Técnico-Profesionales para Mujeres. Entonces, el currículum oficial disponía la siguiente nómina de asignaturas:

Primer año (1952):

- Enseñanza General: Religión, Cocina, Dibujo y Economía Doméstica
- Enseñanza Especializada: Bordado, Tejido y Corte y Confección

Segundo año (1953):

- Enseñanza General: Religión, Cocina, Dibujo, Economía Doméstica y P.E. Higiene
- Enseñanza Especializada: Bordado y Corte y Confección

Tercer año (1954):

- Enseñanza General: Religión, Educación Cívica, Legalidad Obrera, Organización de Talleres y Cocina
- Enseñanza Especializada: Teoría y Práctica de la modalidad elegida (Bordado a mano o Corte y Confección)²

Expresado en el lenguaje de la época, la Escuela formaba Técnicos Profesionales en Bordado a Mano, en Corte y Confección o en Tejeduría. Por lo cual, junto a los saberes específicos del oficio se impartían otros vinculados a la sociabilización laboral, los derechos (de la obrera) y la cultura en general entre los que estaban religión y los saberes domésticos. Con respecto al oficio, durante los primeros tiempos de funcionamiento, las labores impartidas eran “a mano”, pero próximo a los años cincuenta apareció la modalidad

2. Datos tomados de Boletines de ex-alumnas, en este caso Nelli Corradini, quien obtuvo el título de Técnico Profesional en Bordado a Mano (AETC).

“a máquina”. Estas últimas agregaron un doble desafío al alumnado. Ahora no solo debían aprender las claves de la costura, el bordado o el tejido sino también el manejo, mantenimiento y limpieza de la máquina. Recuerda una de las ex alumnas entrevistadas:

“Y para muchas el primer momento era aprender a manejar la máquina porque vos pedaleás pero tanto podés ir para atrás como para adelante..., y la que no había pedaleado nunca si en lugar de ir para adelante, iba para atrás rompía todo...” (AETC, Manchini, María, 2016).

Por otra parte, las materias teóricas eran dictadas por una maestra generalista que brindaba nociones de ciencias sociales, lenguaje y matemáticas junto a otras como “Legalidad obrera” y “Manejo de talleres” que las situaba en el universo laboral y fabril.

En los años setenta, la directora Zulima de la Varga junto a quien por entonces se desempeñaba como docente generalista, María Inés Gennero de Montivero, realizaron una reseña histórica de la Escuela. La misma fue presentada en una audición transmitida por LT 23 San Genaro. María Inés acercó el escrito original en el que se afirma:

“Allá por el año 1938, la tarea de la mujer se supeditaba específicamente al hogar, salvo raras excepciones eran muy pocas las niñas que terminando su ciclo primario podían adquirir nociones relativas a costura, bordado, pintura, etc. Es decir, una preparación general para su desempeño en los menesteres hogareños. En los comienzos de sus actividades, siendo Escuela de Hogar, la enseñanza se supedita-

ba a conocimientos generales. No seguía rigurosamente un programa y las alumnas concurrían sin límites de edad, para asimilar nociones de corte y confección, bordado a mano y máquina, artes decorativas y manualidades diversas, es decir una capacitación hogareña...” (AETC, Gennero de Montivero, María Inés, 2016).

La reseña lo hace explícito: la escuela se creó para el perfeccionamiento de los saberes de las futuras amas de casa. La confección del ajuar fue la hoja de ruta que marcó el tránsito de muchas alumnas.

Nimia cuenta: “Yo hice mi ajuar completo, el camión, el deshablé, la capa, todo, todo bordado a Punto París a mano..., todo bordado, los cordoncitos de las sábanas, de los manteles..., mantel que saco todos los años para mi cumpleaños...” (AETC, Giampaoli, Nimia, 2016).

María agrega: “Yo me fui haciendo el ajuar para casarme, nos bordábamos 101 pañuelitos porque había que hacerse 101 pañuelitos antes de casarte. Una iba con el pensamiento de ir para ser una buena ama de casa” (AETC, Manchini, María, 2016).

“Al principio la finalidad era que las chicas supieran manejo de la casa, cómo tejer, cómo bordar y sigue siendo así” (AETC, Gennero de Montivero, María Inés, 2016).

En la cultura occidental moderna, la elaboración del ajuar fue una tarea que ocupó gran parte de la vida de la mujer soltera. La historia de la cultura material, informa que desde temprana edad las jovencitas comenzaban a confeccio-

nar aquellas prendas íntimas que la acompañarían en sus primeros tránsitos por la vida matrimonial. Raffaella Sarti estudia la vida familiar en la modernidad clásica occidental (europea) y comenta: “En los arcones de las mujeres de clase alta florentina del Renacimiento... podíamos encontrar junto al pequeño misal, camisas confeccionadas a la usanza de la mujer joven, pañuelos..., delantales, medias, zuecos, a veces sabanillas de parto y fajas... Los husos y las ruecas también estaban presentes en los ajuares” (Sarti, 2003: 65). Como revela la cita, el ajuar estaba íntimamente ligado a la capacidad de las jóvenes casaderas de maniobrar las labores de punto: coser, bordar, tejer. Al avanzar el siglo XX este conjunto de objetos fue centrándose cada vez más en la figura de la novia y en el momento puntual de la noche de bodas. Esto es justamente lo que adelantan las entrevistas: camisones, deshábills, sábanas, lencería, etc., junto con la mantelería destinada a adornar momentos festivos o íntimos.

Otra costumbre que singulariza la propuesta educativa de esta escuela profesional de mujeres es la importancia que “el día de la madre cristiana” tenía para la cursada. Precisamente, uno de los trabajos colectivos que las muchachas realizaban era el obsequio con el cual agasajarían a las madres en general y a una que escogían para distinguir en el año. Reproducimos un diálogo entre dos ex alumnas al respecto:

Nelli: “Después se festejaba el día de la madre..., era hermoso

Nimia: siii

Nelli: invitábamos a todas las mamás de las alumnas, llevábamos tortas y les hacíamos un regalo, empezamos un tiempo antes... a nuestras madres y a las maestras y a la directora

Nimia: se hacía chocolate, en esa época tomábamos chocolate

Nelli: se hacía también una misa, porque era el día de la madre cristiana

Nimia: el once de octubre

Nelli: una vez recuerdo que hicimos una cadena para conseguir flores y le dimos la sorpresa a las maestras... abrieron una puerta y estaban todas las flores, y dijimos unas palabras y ellas lloraban... Fue una época muy linda" (AETC, Giampaoli, Nimia, 2016; Corradini, Nelli, 2016).

Empero, junto a las labores personales y de agasajos colectivos, la propuesta curricular disponía que cada alumna confeccionara una prenda para ser puesta a la venta. De este modo, además de trabajar para sí, comenzaban a ganar espacio en el mercado laboral local. La maestra indicaba cuál, cómo, a quién como así también fijaba el precio. Las ganancias obtenidas se repartían entre la autora y la institución. Por otra parte, durante la cursada las estudiantes más entrenadas podían realizar trabajos para terceros. Estas transacciones también requerían que se dejara un porcentaje en la escuela. Con todo ello, las muchachas, a medida que avanzaban en sus saberes, iban adquiriendo reconocimiento público y haciendo futuras clientas. De la escuela surgieron las modistas del pueblo; bordadoras para fábricas

de blanco de la zona (el trabajo lo realizaban en el hogar y por encargo informal); tejedoras y maestras de labores. Estas experiencias de inserción laboral retoman los sentidos que, los agentes del Ministerio de Instrucción Pública, estimaron para este tipo de instituciones: hacer de las mujeres “un elemento social productivo y útil” (MMIPN, año 1918: 273).

Corolario. Hasta aquí presentamos las líneas generales de una institución educativa que surgió en el sur de la provincia de Santa Fe, con el propósito de contener y dar educación en oficios y saberes generales a las mujeres. En la iniciativa operaban, por un lado, la idea de cuidado de las integrantes del género femenino, y por otro, la tendencia a la domesticidad. Sin dudas, la Escuela Técnica tuvo por cometido formar a mujeres domésticas. Las carpetas de las alumnas, los recuerdos recuperados en entrevistas como así también las planificaciones de las docentes, dan cuenta de ello. Se aprendía a coser, bordar y tejer (ya sea en forma manual o a máquina). La producción apuntaba a la auto-subsistencia pero también a la comercialización desde el hogar. Las clases se dictaban en dos salones: uno para tejido y/o bordado y otro para costura. La disponibilidad del espacio estaba supeditada a la instalación de las máquinas. Las clases tenían momentos de explicaciones generales y otros de trabajo individual con la supervisión de la maestra. El rol del docente como guía era tangible y es recordado por quienes allí estudiaron. La maestra estaba, justamente, cuando el trabajo se complicaba. También se alude a un aprendizaje colectivo, en tanto muchas veces eran las propias compañeras quienes apuntaban la solución. María recuerda sus días en la escuela:

“Cada una tenía su máquina, todos los días había que limpiarla, le cambiábamos las agujas porque se rompían y tenías que dejarla lista para que la usen las del otro turno. Yo iba de lunes a viernes cinco horas y tenía mi máquina, pero otras chicas iban a lo mejor lunes, miércoles y viernes, y entonces compartían... La maestra nos ayudaba mucho con los moldes, hacer los dibujos, tomar las distancias, calcarlos, acomodarlos para que quede más creativo, la maestra nos ayudaba... a tomar las medidas... en la costura lo más importante es saber tomar las medidas...” (AETC, Manchini, María, 2016).

“Yo no hice secundario, fui a la escuela, a aprender a coser..., yo hacía el primer turno en costura y después me cambiaba de salón y hacía el otro con Marta, pasábamos muchas horas en la escuela... hasta el día de hoy hago la ropa de mi familia...” (AETC, Bustos, Nilda, 2016).

Los contenidos partían de lineamientos generales que rápidamente quedaban anclados a las preferencias de confección de cada aspirante al título (tejer, bordar, coser). En consecuencia, si revisamos los papeles escritos de la institución, se trataba de un mundo de agujas, puntos, puntadas e hilos.

Sin embargo, recuerda María Inés Gennero de Montivero (2016), ex directora de la escuela, que al comenzar la década de 1970 la profesora del *taller de costura* inició los trámites para obtener su jubilación y, en simultáneo, surgió la idea de incorporar un taller de carpintería exclusivo para varones. Así, por fin los varones que no podían/querían mudarse a estudiar fuera del pueblo, encontraron un lugar

para perfeccionarse en oficios. La llegada de los muchachos fue sin fisuras, puesto que la escuela pasó a denominarse *Técnica*, y los talleres respetaron la división genérica. Esto es, a la par de los talleres para mujeres, funcionaron los de varones.

La historia de la escuela no fue simple, además de los obstáculos y problemas que las instituciones educativas poseen en general, esta contó con la necesidad de conseguir recursos para actualizar los materiales de uso como así también gravitó sobre ella la faltante de un edificio propio. Un acontecimiento que todos recuerdan fue cuando una tarde-noche, en plena jornada laboral se desplomó el piso de una de las aulas donde trabajaban. Hoy la anécdota arranca sonrisas en los ex alumnos, no así en quien por entonces era directora puesto que ese suceso, además de calar hondo en su responsabilidad, provocó que la escuela perdiera un lugar donde funcionar y financiamiento estatal para alquilar otro edificio.

Pero, a pesar de ello, la Escuela resistió y en 2018 está conmemorando sus 80 años de trayectoria, siendo la única institución educativa del pueblo que forma a varones y a mujeres para el mundo del trabajo. Mirta Cosimi explica:

“Yo empecé con 13 años, luego dejé cuando me casé, luego volví, cada vez que volvía la escuela estaba en otro edificio, recorrió distintos lugares del pueblo..., volví varias veces, ahora estoy otra vez en la Escuela... siempre había cosas para aprender..., tejer, bordar, coser, hacer peluches..., en una época hacíamos peluches y forrábamos cajas...” (AETC, Cosimi, Mirta, 2016).

Una escuela que forma para el mundo del trabajo resulta ser un espacio de recurrente retorno. Los tiempos cambian, las tecnologías se perfeccionan, los saberes se transforman y es necesario volver a aprender.

Indicios visuales de 80 años de vida escolar...

Escogimos las palabras de Ernst Gombrich como epílogo. Él dice: “No creo que alguien llamaría huella a la imagen de un pie, pero creo ciertamente que sería útil mirar a las imágenes como trazas, tanto naturales como artificiales. Al fin y al cabo, una fotografía no es más que un rastro natural, una serie de huellas dejadas, en vez de en la arena, en la emulsión de la película por la distribución de las ondas de luz...” (2016: 14). Justamente, en esta segunda parte revisaremos la historia de la Escuela Técnica a partir de las *huellas fotográficas* consignadas a lo largo de 80 años de existencia.

Como primer gesto analítico es preciso definir qué es una fotografía. Susan Sontag explica: “Todas las fotografías son *memento mori*. Hacer una fotografía es participar de la mortalidad, vulnerabilidad, mutabilidad de la persona o cosa... Una fotografía es a la vez una pseudopresencia y un signo de ausencia... Las fotografías pueden ser más memorables que las imágenes móviles, pues son fracciones de tiempo nítidas, que no fluyen... Cada fotografía fija es un momento privilegiado convertido en un objeto delgado que se puede guardar y volver a mirar” (2005: 32-35). De acuerdo con la autora, la fotografía inmoviliza en el papel un fragmento pequeño de un acontecimiento que puede ser social, íntimo, afectivo, etc. Es un acto ligado a la pérdida (muerte) pero también a la conservación de esos sujetos, sucesos y lugares. Un reeditar en diferido la presencia de lo que está condenado a desaparecer. Por su parte, en

La cámara lúcida, Roland Barthes (2016) analizó el vínculo entre la muerte y la fotografía. Para él, las prácticas fotográficas tienen por cometido la momificación de instantes, sujetos, etc., para que no sean devorados por el paso del tiempo. Tras la apariencia objetiva de la foto habita una retórica con su estilística que hace de aquello que se ve, un constructo meritorio de análisis. Posar la mirada sobre una fotografía es un constante ejercicio de reconocimiento de detalles, sujetos, posturas, modas, que obligan a hablar en pasado: “estuve ahí”, “se usaba”, “se decía”, “fui”. De este modo, cuando las fotos aparecen frente a los espectadores surge un relato que actualiza experiencias más allá de lo que efectivamente la imagen deja ver. Justamente, eso fue lo que sucedió con las fotografías de la Escuela Técnica.

La Escuela posee un álbum de fotos que testifica distintos momentos de la vida institucional. A ese conjunto ya existente fueron sumadas las aportadas por ex alumnas y docentes. Todo el material visual fue relevado; devueltas a sus dueñas las piezas originales y el producto de la digitalización pasaron a integrar el archivo institucional. Sin embargo, las fotos reunidas tienen un denominador común: la reiteración temática y la sumatoria de copias. Esto es, además de ser fotos escolares que varían en personajes, modas y épocas no así en poses y contenidos; muchas veces son literalmente copias de la misma fotografía. Concretamente, hasta entrados los años 90 (e incluso en la actualidad) las escuelas acostumbraban a convocar a un fotógrafo profesional para que haga “la” fotografía del ciclo lectivo. Una vez realizada, cada alumno, e incluso el docente a cargo y la institución misma, se hace propietario de una copia que conserva como *suvenir*. De tal suerte, no

es casual que las fotos almacenadas se repitan. Además, es importante atender a los procesos tecnológicos y a la cultura material a partir de los cuales se produce la captura (Burke, 2005). Algunas variables que inciden para que esto suceda pueden ser: costos, técnicas, posibilidades de disponer de una cámara, vivir en un pueblo con perfil rural pero también las costumbres escolares. Si bien vivimos en una cultura que se presume visual y las *selfies* son parte de la vida cotidiana, si nos remontamos a los tiempos de fundación de la Escuela Técnica de Centeno advertiremos que, por entonces, el acceso a una fotografía era una excepción. El gesto de hacer una fotografía era un acontecimiento y, probablemente, para muchos varones y mujeres esa “foto” era una de las pocas que retratan su infancia. Por lo cual, la fotografía escolar pasa a tener un valor biográfico crucial. Por ejemplo, las primeras fotos de la Escuela Técnica fueron tomadas por fotógrafos externos al pueblo, *Addy Foto Estudio* de Luis Intile (Rosario) o *Fotos Tinnirello Hermanos* (Rosario). Tiempo después sí aparecieron fotos con sello de producción local: *Foto Estudio Edgar* (de Enzo Edgar Borra, Centeno). Asimismo, la presencia del fotógrafo en la localidad y luego en la escuela estaba marcada por algún evento importante (final del ciclo lectivo, un acto patrio, etc.). Esa visita exclusiva traía como resultado la existencia, generalmente, de la fotografía grupal anual.

Ahora bien, a los efectos de reflexionar sobre el valor de la fotografía escolar, vamos a presentar y estudiar ocho fotos, tomadas en diferentes momentos de la historia de la Escuela Técnica. El análisis de las mismas será dispuesto en orden cronológico desde 1938 a los años 1980s. En conjunto, lo que las imágenes permiten retratar son las cor-

poralidades, con esto queremos decir: rostros, posturas, sonrisas, miradas aunque también paisajes, mobiliarios, arquitectura, etcétera. Esto no es casual. Desde fines del siglo XIX, de la mano de la pedagogía moderna y la creación del Sistema Educativo en nuestro país, los cuerpos fueron objeto de disciplinamiento: se los buscó quietos, limpios, erguidos, silenciosos. Así, ya sea a partir de una maquinaria disciplinar (ejercicios físicos) o de pequeños gestos cotidianos (la maestra pidiendo silencio; la realización de filas tomando distancia; la arquitectura del pupitre, etc.) los cuerpos del alumnado fueron tomando “*la forma*” deseada por las instituciones educativas. A diferencia de lo que generalmente se cree, los cuerpos no solo son biológicos, también son históricos, culturales y sociales. A partir de la escolarización, las corporalidades, que “son plurales”, se “*construyen en un único modelo*” a partir de las características de una época: se les enseña a pensar, a sentir, a actuar, a cuestionar, a moverse, etc. Si bien, el cometido no siempre es logrado (algunos cuerpos resisten a los mandatos disciplinares) las fotografías fueron las encargadas de retratar los portes y las poses que la cultura escolar resolvió mostrar (Vigarello, 2005).

En este punto, adelantamos un supuesto: lejos de ser espontáneas y libres, las fotos escolares son producto de decisiones político educativas. La crítica del arte visual nos enseñó a pensar que: “Todas las cosas, hasta las que más claras y simples parecen en un primer vistazo, siempre esconden algo más” (Pérez Manzanares, 2018: 18). Idea que puede reforzarse con la observación metodológica de Gisèle Freund: “la fotografía, aunque estrictamente unida a la naturaleza, solo tiene una objetividad ficticia. El lente, ese

ojo supuestamente imparcial, permite todas las deformaciones posibles de la realidad, dado que el carácter de la imagen se halla determinado cada vez más por la manera de ver del operador y las exigencias de los comanditarios” (2015: 8).



La fotografía que inaugura la serie, es la más antigua. A partir de una mirada rápida, advertimos una formación de alumnas de edades estimadas entre los 11 y 19 años (aproximadamente), todas enfundadas en guardapolvos blancos, con la mirada fija hacia la cámara. Los cuerpos femeninos se presentan expectantes para ser fotografiados sin movimientos, excepto la niña de la última fila, quien también sonríe.

La distancia temporal que nos separa de la imagen dificulta singularizar con nombres propios a las muchachas, aunque Mirta Cabral trabajó con la memoria de las ex-alumnas y pudo identificar a: Teresita Tecchia, Santina Davico, Teresa Chemini, Edelma Leonori, Lidia Borra, Sara Chemini, María Mereddu, Ana Eusebio, Leonor Pedrazza, Ana María Moya, Ángela Tolosa, Norma Contigiani, Susana Sosa, Ana Gallardo, Elvira Sargentori, Nelda Yotti, Amalia Ponce, Elena Maddio, Mabel Arnoldi, Elena de la Varga, Olga Ramos, Olga Kern, Otilia Chemini. De este primer ejercicio de reconocimiento surge un dato que escapa a lo visual pero acentúa el impacto y la importancia que esta escuela tuvo para la región. Esto es, quienes recuerdan cuentan que a los cursos no solo concurrían chicas de la localidad, sino de otras aldeñas, por lo cual el grupo era numeroso y la movilidad y la distancia urbana provocó que el recuerdo de los nombres se borre.

Pero, las fotos no solo retratan cuerpos, también, paisajes, edificios, mobiliario escolar, entre otras notas de contexto. La que estamos repasando, en particular posee algunas marcas que permiten contextualizarla: con sello color violeta, lleva estampada, en el extremo superior izquierdo, la fecha: 28 de noviembre de 1938. Allí vemos a 50 jovencitas, la directora (Srta. Marina de Marini, oriunda de la ciudad de Rosario), una maestra (Zulima de la Varga) y la portera (Luisa Potassa de Nieto). El equipo docente está situado en el medio: el traje negro distingue a la máxima autoridad, el vestido de tonos claros corresponde a la docente y en el extremo derecho y de guardapolvo blanco, aparece el personal de maestranza.

Ochenta años separan a esta imagen del presente, es la marca fotográfica más antigua y fundacional de la institución. Lo es porque toda foto es una “puesta en foto” donde maestras y alumnas fueron al patio, donde había luz y espacio adecuados para que la toma resulte perfecta. La escena representada al tiempo que es típicamente escolar, esconde la especificidad de este establecimiento educativo: talleres, grados, hilos, agujas, labores de punto, etc. Resulta que estas imágenes reproducen el ideario corporal impuesto por la forma escolar, la postura corporal se corresponde con las prescripciones de época. Sin embargo, esconde lo que efectivamente ocurría con los cuerpos de esas muchachas en esa escuela en particular: estos estaban en constante movimiento, ya sea para maniobrar las tijeras, el hilvanado, las telas, las máquinas, las agujas, las lanas, etc. Es dudoso pensar en ese trabajo con jovencitas sentadas la mayoría del tiempo. Por ejemplo, a diferencia de la “escuela común”, hipotetizamos, probablemente aquí estaría permitido estar paradas.

Sabido es que, en las primeras dos décadas de existencia (1938-1958), la escuela funcionó con un alumnado que oscilaba entre 60 y 40 jóvenes, pero en años posteriores este se redujo a 30 e incluso menos. No obstante, como las clases tenían la forma de taller de labores prácticos, la matrícula estaba supeditada a la cantidad de máquinas en disponibilidad. Si bien la modalidad de cursado era graduada (de primero a tercer año), los salones estaban divididos de acuerdo a la especificidad de los talleres: bordado a máquina, corte y confección o tejeduría. Las alumnas se ubicaban en una sala común y la maestra a cargo era la facultada para dosificar los saberes de acuerdo al grado de la intere-

sada. Esto generó una familiaridad singular entre las estudiantes. Esa idea de trabajo conjunto es la que aparece representada en la fotografía única que se tomaba al finalizar cada año. Es decir, se convocaba a un fotógrafo profesional para que retratará a la escuela a pleno, sin distinciones de edades, cursos o roles.



La segunda fotografía carece de datos temporales, pero de acuerdo al tipo de borde del soporte papel que la materializa, podemos ubicarla en los años 1940. En ella se reitera la presencia de las autoridades docentes: Marina de Marini (directora), Zulima de la Varga (maestra general) y María Luisa Pacciolo (maestra de manualidades) y luego 46 estudiantes entre las que pudimos identificar a: Adelaida Coppari, Alsira Ponce, Elida Benítez, Nidia Viale, María Murreddu, María Gómez, Amalia Ponce, Haydee Formía, Teresa Molina, Teresa Chemini, Norma Contigiani, Ángela Tolosa,

Hilda Colombatti, Elena Maddio, Celia Bianco, Hilda Rossi, Josefina Dose, Otilia Chemini, Nelly Palacios, Norma Dose, Irma Rullo, Vilma Colombatti y Nelly Viale.

Esta foto posee dos detalles meritorios de mención. El primero reside en una distribución de las muchachas respetando las edades y los grados en los que estaba dividido el currículum escolar (las pequeñas adelante, en el medio una hilera de muchachas sentadas en sillas y las más grandes atrás). El segundo, resulta interesante puesto que en el extremo superior derecho de la imagen aparece un detalle que sitúa a ese grupo de mujeres en un tipo de escuela en particular. Estamos aludiendo a la placa que expresa: *Escuela de Hogar Centeno*, mediada por el Escudo Nacional. Esa presencia oficia a modo del *punctum* barthesiano (Barthes, 2016: 58-59), rompiendo con la clásica puesta fotográfica escolar que muestra grupos de alumnas enfundadas en delantales blancos. Esa nomenclatura sitúa a estas muchachas en un espacio educativo singular: la escuela de hogar abocada a la transmisión de saberes femeninos. Quizás, esta imagen sea la que cierra un ciclo en la historia institucional, puesto que la década del cincuenta traerá cambios sustanciales hasta, finalmente, conformar la *Escuela Técnica Profesional de Mujeres N.º 49*.



Roland Barthes dice: “muestre sus fotos a alguien; ese alguien sacará las suyas: Vea, éste de aquí es mi hermano, aquel de allá, mi hijo..., la fotografía nunca es más que un canto alternado de vea, ve, vea, señalar con el dedo y no puede salirse de un puro lenguaje deíctico” (2016: 30). De la imagen tres reunimos varias copias aportadas por sus propietarias. Al juntar copias con sus protagonistas, la cita de Barthes se volvió práctica real. Al enfrentarse a la foto, las mismas oferentes comenzaron a reconocerse y a reconocer anécdotas. Por lo cual, ya no eran 58 jovencitas junto a 3 agentes institucionales (las ya mencionadas Zulima de la Varga, María Luisa Pacciolo y María Luisa Potassa). Por el contrario, el grupo de alumnas fue cobrando identidad al calor de los recuerdos. Las retratadas eran: Olga Kern, Leonor Pedrazza, Nidia Viale, Beatriz Giacomelli, Josefina Dose, Elsa Biancucci, Eda Brocca, María Mureddu, Juana Sánchez, Irene Ramos, Edelma Leonori, Olga Tolosa, Tere-

sa Tecchia, Alsira Ponce, Lidia Borra, Haydee Fare, Pierina Cosia, Vilma Fare, Amelia de la Varga, María Magrini, Nymia Giampaoli, Erina Gagliardini, Italia Ferraresi, Angelita Merlino, Cecilia Bianco, Santina Davico, Vilma Intelangelo, Margarita Carelli, Ángela Tolosa, Elida Nasuti, Nelli Corradini, Elena de la Varga, Elba Gómez, Beatriz Arnoldi, Nelli Vergara, Elida Zujani, Elida Benítez, Negby Contigiani, Magdalena Arnoldi, Norma Contigiani, Mabel Arnoldi, Delia Ferrero, Hilda Rossi, María Bombey, Olga Ramos, Rita Profeta, Mirta Yotti, Celina Ostergualde, Marta Intelangelo, Norma Gerlero, Nelda Gagliardini, entre otras.

Por otra parte, al dorso de la imagen su propietaria escribió con lápiz la fecha en que fue tomada: mayo de 1952. Precisamente, ese año marcó una importante transformación en la historia de la escuela: el otorgamiento de títulos habilitantes bajo la nominación: Escuela Técnica Profesional de Mujeres. Quienes acercaron las fotos se encargaron de enfatizar el hecho. Este grupo iniciaba su cursada en 1952 para obtener, tres años después, un título habilitante para ejercer como profesional en los oficios seleccionados o en la docencia de los mismos. Empero, si nos detenemos exclusivamente en la fotografía, ésta muestra un conjunto de alumnas, sin más.



La cuarta fotografía forma parte de una serie a la que también pertenece la número tres. No solo lo notamos en las fechas inscriptas al dorso sino porque ambas están ambientadas en el mismo paisaje de fondo. Sin embargo, aquí vemos un grupo reducido de alumnas compuesto por: Nelli Corradini, Nimia Giampaoli, Edelma Leonori, Elida Nasuti, Elida Benítez, Vilma Fare, Olga Kern en compañía de la directora de la Varga y la maestra de labores de apellido Paccielo. Esta toma, a diferencia de las anteriores, podría ser considerada como la captura de un momento compartido entre amigas. Fundamentalmente, son las sonrisas, el abrazo y el paisaje lo que escapa del prototipo escolar, al tiempo que el guardapolvo la insignia que lo ratifica.

A su vez, la existencia de esta foto también puede ser explicada por la composición de la matrícula de la escuela. Es decir, de las 58 muchachas que podemos ver en la foto del grupo completo, solo 7 se graduaron ese año en carác-

ter de alumnas regulares. Quienes optaban por la cursada regular estaban comprometidas a permanecer tres años en la institución, estudiando contenidos graduados con evaluaciones permanentes a los fines de obtener el título de “profesional”.

La disparidad entre el número de alumnas libres y regulares pudimos comprobarla revisando otros documentos de archivo que la Escuela Técnica conserva. Por ejemplo, un informe de actuación, con fecha, junio de 1959, describe: “En el primer trimestre de clases, visité el taller que dirige la señora María Rosa G. de Cejas, teniendo 31 alumnas del Ciclo Libre y 7 del Ciclo Básico Regular” (AETC). Este informe, si bien es posterior, certifica la diferencia entre las aspirantes al título de profesional y las que hacían los cursos en carácter de alumna libre. Asimismo, al trabajar con un porcentaje alto de alumnas libres, que solo asistían a los talleres específicos, la escuela descomprimió el dictado de las materias teóricas (legalidad obrera, educación cívica, etc.), reduciéndolo a instancias más cortas y articuladas. Este dato es crucial para pensar cómo esa especificidad profesional adquiere connotaciones singulares en un contexto donde la industria textil no tenía proyección. Pese al cambio de nomenclatura, las jóvenes de Centeno siguieron yendo a la escuela para perfeccionar sus saberes en clave doméstica, siendo las menos las que siguieron la senda de la profesionalización.



Era ya el año 1965. Para entonces los peinados, los modelos de zapatos y de guardapolvos (ahora prendidos adelante) como así también el espacio donde la foto cobró materialidad, variaron, pero la pose y el sentido de la toma no. El fin era dejar constancia/recordatorio del grupo de alumnas al culminar el ciclo lectivo. A su vez, la imagen posee dos detalles distintivos: las alumnas se encuentran en pie debido a la incorporación de la bandera institucional (cuyas abanderadas seguramente respondían a un orden de mérito) y las vinchas blancas como parte del vestuario femenino de los actos patrios y escolares en general.

En la foto descubrimos a Zulima de la Varga, quien seguía a cargo de la dirección, coordinando el trabajo de María Rosa Giacomelli (maestra de corte y confección) y de Isabel Spini (portera institucional). Las muchachas representadas son: Vilma Pagani, Amanda Tolosa, Estela Guffi, Marta Colagioia,

Elena Delfino, Marta Porte, María Piombetti, Nora Ferrari, Ana Bocci, Marta Martineto, Onelia Potassa, María Cosimi, Mirta Rosso, Hilda Rossi, Amelia Petini, Norma Doce, Anita Rossi, Graciela Oronao, Marta Antuña, Estela Tecchia, Lidia Bianchi, Raquel Ramos, Rosa Tolosa, Mirta Giorda, Nelli Nasuti, Ana Ramos, María Rosa Petini, entre otras. Para las alumnas la Escuela Técnica significó:

Ana: “Entonces la Escuela Técnica estaba para saber coser, bordar y después ganarnos unos pesos con eso. Al año siguiente que yo empecé se abrió el secundario, era en 1963..., pero no, a mí me dijeron “vas a la Escuela Técnica”, no había opción... cuando terminé la primaria el director había dejado unos informes y le había dicho a mis padres que yo tenía capacidad para ir al secundario, pero no...

Elisa: Yo cuando terminé la primaria no tuve opción, era la Escuela Técnica o irte a otro lado..., y vivía en el campo, era todo difícil...

Elena: En esa época, todas íbamos a la Escuela Técnica..., éramos muchísimas...” (AETC, Bocci, Ana, 2016; Delfino, Elena, 2016; Cosimi, Elisa, 2016).

“No había opción”, dicen las ex alumnas. Aunque en realidad sí había, incluso en la misma localidad, puesto que ellas se graduaron cuando ya Centeno tenía secundaria. ¿No había opción? O, en todo caso, el sentido común de la localidad prescribía un saber-hacer para las mujeres cuya fuente de perfeccionamiento estaba en “la escuela de hogar”, como ellas la llaman. Por lo cual, la apertura de la escuela secundaria no ofreció competencia puesto que las muchachas, por decisión familiar, iban a la Técnica. No advertimos en

las entrevistadas una apuesta a la profesionalización de un saber, sino, por el contrario, una búsqueda de refuerzo práctico para perfeccionar los saberes femeninos.



Batidos, flores, cinturas ceñidas, tablas, tacones, cuerpos en movimiento, sin postura rígida y los rostros alegres de las graduadas celebrando, es lo que da a ver la imagen seis. Ellas son: Vilma Pagani, Rita Tolosa, Nilda Bianchi, Raquel Ramos, Olga Rucci, Elisa Cosimi, Amanda Tolosa, Mirta Turcuman, Lidia Ferrero, Ana Bocci y Nidia Pérez. A simple vista la fotografía nos devuelve una imagen difícil de ubicar dentro de un esquema escolar, en este caso, el recuerdo de las protagonistas resultó crucial para reconstruirla. Cada año la escuela acompañaba la graduación de la muchachas con una fiesta popular donde además del clásico atuendo de graduación no faltaba la torta, el brindis, el baile y la invitación a la comunidad. Estas fiestas, típicas de todas las escuelas a las que concurren adolescentes y adultos (no

de educación primaria), se realizan con posterioridad al acto efectuado por la escuela, con el fin de descomprimir la formalidad y oficiar de ritual de salida a la sociedad. En ellas tanto el espacio escolar como las mismas autoridades quedan suspendidas y, de participar, lo hacen en carácter de compañía y desde el afecto, más que formalmente. Sin dudas, quienes llegan a ese brindis ya no son alumnas o alumnos de las escuelas, son graduados. Esta característica explica por qué las corporalidades se muestran distendidas, la vestimenta no solo porta el color blanco, y el gesto facial no impone seriedad y racionalidad. Aclaremos que de las graduaciones de los sesenta reunimos varias fotografías, puesto que las condiciones materiales de la época permitieron que algunas familias poseyeran cámara fotográfica propia sumado a que ya había un estudio fotográfico en la localidad.



Esta fotografía se corresponde con la anterior: situaciones que escapan de lo específicamente escolar. Los viajes educativos fueron una constante en la propuesta anual de la Escuela Técnica que dejó huella en los recuerdos de quienes allí se formaron. Esta fotografía fue tomada en una visita a la ciudad de Santa Fe en el año 1971. El grupo luce distendido, no solo en la comodidad del vestuario sino en las poses que adoptaron para quedar retratados. Los guardapolvos blancos homogeneizadores fueron reemplazados por piezas de moda: anteojos, shorts, cabelleras largas, pantalones jeans, son insignias del marcado espíritu libre de los “setenta”. También se advierte que no viajaban exclusivamente las estudiantes. Niños y varones aparecen en la foto completando la oferta que hoy llamaríamos trayecto cultural. Justamente, esos viajes no estaban relacionados con los contenidos específicos que la escuela brindaba (las labores de punto), pero sí profundizaban un contenido transversal a toda propuesta educativa escolar: la sociabilidad y la posibilidad de salir de lo conocido para recorrer otras ciudades. Recuera Marta de la Varga, quien se graduó y luego ofició de maestra en la escuela: “los viajes se hacían a mitad de año..., iba toda la escuela, no eran viajes de egresados, eran viajes para conocer diferentes lugares” (AETC, De la Varga, Marta, 2016). Finalmente, el pedagogo es aquel que acompaña en una carrera exterior y hacia lo desconocido a quienes se están formando, y la Escuela Técnica actuó en esta clave.

Aquí, las viajeras que posaron para la foto fueron: Alicia Coppari, María Angélica Pedraza, Beatriz Gagliardini, Olga Oronao, Martina Ruiz, Elisa Cosimi, Norma Baez, Amelia Petini, María Manchini, María Cosimi, Teresa Molina, Mabel

Manchini, Sila Figueroa, Gustavo Ramos, Isabel Lusso, Graciela Batelini, Nelly Guffi, María Catalina Montaldi, Estela Guffi, Marta Nasuti y Nilda Bustos.



A principios de la década del setenta y bajo la dirección de la maestra María Inés Gennero de Montivero, la Escuela Técnica transformó su oferta educativa, incorporando un espacio específico para varones. Paulatinamente, la escuela se transformó en un espacio habitado por varones y mujeres jóvenes. Los `70 representaron posibilidades inusitadas para las mujeres: estudiar, trabajar, controlar la reproducción, acortar las polleras, usar *hot-pants*, cortarse el pelo, salir y conquistar la calle. Sin embargo, a medida que esas libertades crecían el quiebre de la democracia habilitó el reforzamiento de la mujer doméstica. Así Mafalda y Sarah Kay eran representaciones gráficas y estéticas de

la polifonía de voces y sentidos que habitaron lo femenino en la época. En ese marco, las chicas de la escuela técnica apostaban a la moda, subiendo el ruedo de la pollera, mientras los varones iban a las clases de corbata (Pellegrini Malpiedi y Mosso, 2017; Caldo, 2015). Asimismo, en los años setenta el *pret-à-porter* (listo para usar) transformó el mundo de la moda, de la mano del diseño y de la juventud como motorizadora y destinataria. Es decir, la juventud es contemplada como modelo, destinataria, diseñadora y consumidora de moda (Riello, 2016: 129-139). Así, la tendencia que genera y recrea un vestuario particular para jóvenes es recuperada y puesta en acto por las chicas de la Escuela Técnica. Recuerda una ex alumna, Marta Brutinel:

“Íbamos para hacernos nuestra ropa, todo hecho con tus manos y para usarlo... Cuando salía un estilo de ropa, el cuello militar me acuerdo, querías un vestido con cuello militar, o las minifaldas o los famosos *hot-pants*, que eran unos pantalones muy cortos, ahí competíamos para ver quién lo hacía primero y luego quién era más audaz y buscaba un modelo más corto, o una tela más llamativa o más apretadito... igual la minifalda... era primero quién lo hacía y después quién se animaba a usarlo...” (AETC, Brutinel, Marta, 2016).

Por lo cual, capitalizando el clima del primer lustro de los años setenta, no sorprende entonces que, en la fotografía que seleccionamos, los cuerpos luzcan desestructurados, en movimiento, sonrientes, acalorados, despeinados. En el centro de la escena encontramos a María Inés (la directora) y, en torno a ella, van ubicándose los maestros de talleres (Leopoldo Galetto y Marta de la Varga), la portera (Isabel

Spini) y el grupo de alumnos, manteniéndose las mujeres hacia el extremo izquierdo y los muchachos hacia el derecho. Esa disposición fotográfica a simple vista espontánea, es la misma que se mantuvo en la oferta formativa de la institución. Es decir, en tanto las chicas tomaban cursos de corte y confección y tejeduría, los muchachos tenían la posibilidad de aprender carpintería. También se advierte que el número de varones participantes en el retrato es superior al de chicas. Dato numérico que alude a la rápida aceptación de la propuesta y a la baja en la matrícula femenina.

Si bien los guardapolvos blancos permanecen, la disposición de los cuerpos es otra. Están en un espacio interior todos ensimismados, en cuclillas, algunos de pie, otros parecen estar encaramados a algún mueble para ganar altura, entre otros detalles. Los brazos entrelazan y el color de la fotografía permite testimoniar el avance en el tiempo y en las técnicas fotográficas. En la imagen vemos a Susana Gómez, Elvira Núñez, Silvia Rocco, Silvia Sandoval, Olga Núñez, José Gómez, María del Carmen Yotti, María Alejandra Lusso, María Angélica Pedraza, Nora Brutinel, Nilda Bustos, Sandra Spini, Jorge Coria, Alejandra Gómez, Enzo Coria, Héctor Brutinel, Oscar Dallarmellina, Nelson Beccaria, Omar Potassa, Sergio de Michelli, Raúl Beccaria, Gustavo Ramos, Rafael Bordoni, Marcelo Potassa, Edgardo Páez, Rafael Rullo y Pedro Amarillo.

En la experiencia educativa generada por la escuela los varones y las mujeres encontraron un equilibrio donde convivían en momentos generales para luego concurrir a los espacios formativos diferenciados por género. Esta característica asigna a la experiencia un valor ambivalente, por

un lado abre la posibilidad de formarse en un oficio para los muchachos del pueblo. Pero, por otro, con su oferta la escuela confirma los lugares históricamente asignados para varones y mujeres: para ellos los trabajos de fuerza, para ellas las labores domésticas: tejido, bordado y costura. El reparto generizado del conocimiento se proyectó también en los modos de transmitirlo y de aprenderlo. Por ejemplo, Leopoldo Galetto explica la experiencia de enseñar carpintería:

“Yo soy técnico mecánico..., en las clases seguíamos un programa, los objetivos se cumplían... No nos podíamos estructurar mucho porque a veces no teníamos las herramientas necesarias... hay cosas que requieren serruchos, escofina y a veces no teníamos... Se empezaba con lo básico... Relacionábamos todas las materias del programa y las aplicábamos a la práctica... El oficio no es solo cortar madera... es necesario conocer el material, saber programar el trabajo y armar un presupuesto... Es difícil ir directamente al oficio sin saber antes esas cosas... después viene la experiencia... Tenés que saber nociones básicas de matemáticas, dibujo técnico... es bueno pasar de la teoría a la práctica..., la práctica sin teoría es difícil... Uno se hace carpintero cuando la carpintería es un medio de vida, pero de aprender no terminás nunca..., siempre tenés que actualizar-te...” (AETC, Galetto, Leopoldo, 2006).

En cambio, Mirta Cabral, maestra de tejido y pintura, dice:

“Yo aprendí a tejer por herencia de mi nona paterna, ella era del tejido... Me costó muchísimo aprender a tejer, pero lo que aprendí no se me borró... para mí

fue un cable a tierra, yo agarro el tejido y me tranquilizo, cuando se me dio la oportunidad de enseñar a tejer y vi a chicas que tejían mejor que yo, aprendían rápido y eran más prolifas... enseñé a tejer a personas zurdas, no sabía bien pero me las ingenié..., es una satisfacción enseñar... yo la rescaté de mi abuela pero es una tradición que no debemos perder... Yo tejo, observo, me ocupo..., no me guardo ningún secreto, ¿por qué?..., porque quiero que cuando me muera nada se vaya conmigo... Para aprender a tejer una empieza conociendo los materiales, la lana, las agujas, los puntos..." (AETC, Cabral, Mirta, 2006).

Puestos en contrapunto, los relatos de los maestros construyen tramas explicativas cuyas diferencias están ancladas no solo en los contenidos específicos, sino en la asimetría de género. Él se presenta como "técnico", enuncia materias y programas y describe al oficio del carpintero como "un medio de vida" racional y pautado. En cambio ella, la maestra de tejido, se expresa desde la sensibilidad. El tejido es una herencia familiar apropiada y transmitida. La maestra lo dice: quiero que nada se vaya conmigo..., no tiene secretos... A lo que agrega, el tejido es una tradición, es parte de la cultura y además hace bien y puede servir como medio de vida.

Si hiciéramos el ejercicio de ocultar las identidades de estos maestros, igualmente podríamos reconocer el género. El varón es racional y tiene el cometido de encontrar un medio de vida (sostén de hogar); la mujer es sensible, pasional y no necesariamente debe hacer aportes económicos a su familia. Sabemos que en el presente esa división sexual del trabajo fue puesta en discusión por la experien-

cia misma. Justamente, desde el año 2017 la Escuela Técnica transformó en mixtos sus cursos, teniendo alumnas en la clase de carpintería.

Reflexiones finales

Agujas, con las que se teje y cose, *maderas* para construir muebles, adornos, soportes y *pinceles* para pintar y decorar objetos, cuadros pero también sueños. Tres sustantivos que resumen la esencia de los oficios que transmite la Escuela Técnica. Por lo cual, los escogimos como título de este libro que tiene por cometido dejar dos reflexiones para nada cerradas, solo a modo de desafío al lector. La primera interpela al campo historiográfico. La segunda, se pronuncia para quienes construyen el día a día de la Escuela Técnica. En la intersección de ambas emerge la razón de ser de esta publicación. Veamos en detalle cada una.

La primera. Historiadores e historiadoras: cuando en el año 2016 llegamos a la Escuela Técnica de Centeno teníamos dos actividades, darle forma a un archivo y escribir un libro de historia. Para cumplir con la primera necesitábamos documentos, para la segunda, teníamos que formular un interrogante que creara relevancia al objeto. En la institución había pocos papeles históricos, pero el deseo y la tenacidad de Mirta Cabral, en su rol de directora reemplazante, impulsó una pesquisa que redundó en el crecimiento sostenido de los papeles, las fotos y los recuerdos. Los archivos en general y los escolares especialmente, son abiertos y siempre inconclusos. Esto es, la circular, la carta, la nota, el programa, trazan hilos de continuidad con los estudiantes, que llegan, pasan y se van llevando consigo huellas de la experiencia escolar. Unirlos es un trabajo de artesanos. Así, nos encontramos con documentos escritos

y con imágenes. Acentuamos estas últimas no solo porque en el presente cobran relevancia, sino porque permiten discutir la forma escolar con los códigos de la visualidad capaces de capturar aspectos que la letra desconoce. Las fotografías seleccionadas fueron puestas en tensión con las memorias y los papeles, para abrir el juego entre lo que se da a ver, lo que vemos y lo que se oculta. De este modo, descubrimos que las memorias orales y las letras escritas sobre la Escuela Técnica aluden a lanas, telas, agujas, puntos, maderas, no así las imágenes que se esfuerzan en acentuar una composición fotográfica universalmente pensada para representar a alumnos en escenas escolares.

A medida que los papeles crecían la pregunta historiográfica no demoró en aparecer: la Escuela Técnica surgió como escuela exclusiva de mujeres. Por lo cual, responder: ¿por qué fundar una escuela de esas características en Centeno y en los años treinta?, implicó pensar políticas de Estado en relación a la educación femenina, proyecciones y marcas de la educación doméstica, las singularidades históricas y contextuales de los procesos de profesionalización y la generización de los saberes, entre otros temas. En consecuencia, la historia de la Escuela Técnica aporta a una historia de la educación estatal con mujeres.

Ahora bien, una segunda reflexión interpela a los protagonistas contemporáneos de la escuela. Ellos son la ya nombrada Mirta, en su rol de directora, Marina Díaz (maestra de labores), José Aquilanti (profesor de carpintería) Joaquín Páez (asistente escolar) y a los muchos alumnas y alumnos que pasan por sus aulas.



Este equipo docente conduce los destinos del único espacio educativo de la localidad que forma para el mundo del trabajo bajo el otorgamiento de títulos “profesionales”. Si miramos este gesto desde las trayectorias profesionales anglosajonas, que definen al profesional a partir de carreras y titulaciones universitarias, el proyecto de la Escuela Técnica se invisibiliza, pero si lo pensamos desde el mundo

del trabajo y de los oficios situados en una sociedad golpeada por las políticas económicas del presente (que afecta a la industria láctea), la profesionalización que ofrece la escuela adquiere un inusitado valor digno de acompañar y cuidar. Los docentes que allí trabajan, acompañan en la iniciación laboral a los jóvenes como así también sostienen emprendimientos y sueños de adultos y adultos mayores.

La escuela cumplió ochenta años y la directora, Mirta Cabral, expresó en su discurso:

“Hoy, podemos decir orgullosos que contamos con cuatro cursos de Formación Profesional: Carpintero; Productor Artesanal; Auxiliar en Cuidados Gerontológicos y Capacitación Laboral (Tejido crochet). Además contamos con un trabajo de articulación con la Escuela de Educación Secundaria N° 8160 (primer y segundo año) bajo resolución ministerial desde el año 1999. En el presente la escuela posee una matrícula de 173 alumnos y alumnas. Asimismo, hemos iniciado los trámites, con el aval de la Ministra de Educación provincial y del Sr. Gobernador para tener finalmente un edificio propio” (AETC, Mirta Cabral, 8 de junio de 2018).

El maestro de Carpintería también rescata la experiencia con optimismo:

“Hoy tenemos todas las herramientas de un taller profesional. Gracias a Dios contamos con sepilladora, garlopa, sierra escuadradora, sierra sin fin, torno, banco de pie... La Escuela enseña a trabajar... Los alumnos se van con un oficio que les sirve para el trabajo” (AETC, Aquilanti, José, 2016).

Marina Díaz quien estudió labores en la escuela y hoy se desempeña como docente, es la clara muestra del valor formativo del espacio. Ella dice:

“Todo lo que sé lo aprendí con Marta y con María Inés, cuando era directora, después se incorporó Mirta. Todo lo que sé lo aprendí con ellas y hoy que tengo que enseñar a veces tengo miedo y son las mismas alumnas las que te van orientando y pidiendo..., es un trabajo participativo donde todo se habla y comparte... y así se van dando las clases...” (AETC, Díaz, Marina, 2016).

La oferta se complejiza haciendo que los oficios triangu- len con los servicios. Los docentes a cargo se contagian con la experiencia de enseñar oficios y sienten que crecen y aprenden al hacerlo. Asimismo, se fomenta la integración con otros espacios educativos y se proyecta a futuro “el logro del edificio propio”. El futuro brilla, en un proyecto educativo que comenzó siendo de mujeres, que se prolongó afín a la división genérica propia de la cultura patriarcal y que hoy, de cara al presente, abre sus cursos e integra en pos de igualdad de género tanto en los espacios formativos como en el mundo del trabajo. Este balance solamente es posible si recuperamos la historia institucional y la proyectamos hacia adelante, no para repetirla, sino para mejorarla. Así, la apuesta es trabajar para lograr un mundo donde la formación profesional y los espacios laborales sean inclusivos en clave en general y en clave de género en particular.

Bibliografía

AAVV. (1990) *Centeno. Centenario de su fundación. Origen y evolución*, Rosario: Amalevi.

Barthes, Roland (2016) *La cámara lucida. Notas sobre la fotografía*, Buenos Aires: Paidós.

Bonaudo, Marta coordinadora (2006) *Nueva Historia de Santa Fe VI. La organización productiva y política del territorio provincial (1853-1912)*, Rosario: Prohistoria.

Burke, Peter (2005) *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*, Madrid: Crítica.

Caldo, Paula (2018) “De escuela hogar a escuela profesional de mujeres. Una aproximación al estudio de las fotografías de una escuela de educación femenina, Santa Fe, Argentina (1938-1980)”, en *XIII Congreso Iberoamericano de Historia de la Educación Latinoamericana. Políticas, espacios públicos y disputas en la historia de la educación en América Latina*, Montevideo, Uruguay.

Caldo, Paula y Pellegrini Malpiedi, Micaela (2017) “Fotografías de una escuela profesional de mujeres: entre lo dicho y lo retratado, 1938-1965”, en *Meridional. Revista Chilena de Estudios Latinoamericanos*, Nº 9, pp. 191-210.

Caldo, Paula (2015) “El mundo feliz de Sarah Kay. O cuando la cultura impresa entretiene y educa a las niñas, Argentina a partir de 1979”, en *Revista de Estudios de Género. La ventana*, Nº 42, pp. 152-180.

Debray, Régis (1997) *Transmitir*, Buenos Aires: Manantial.

Freidson, Eliot (2001) “La teoría de las profesiones. Estado del arte”, *Perfiles educativos*, vol. 23, N° 93, pp. 28-43.

Freund, Gisèle (2015) *La fotografía como documento social*, Barcelona: Gustavo Gili.

Gombrich, Ernst (2016) *La evidencia de las imágenes*, Bilbao: Sans Soleil.

Guber, Rosana (2004) *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*, Buenos Aires: Paidós.

Hassoun, Jacques (1996) *Los contrabandistas de la memoria*, Buenos Aires: Ediciones La Flor.

Lobato, Mirta (2007) *Historia de las trabajadoras en la Argentina (1869-1960)*, Buenos Aires: Edhasa.

Murillo, Soledad (2006) *El mito de la vida privada*, Madrid: Siglo XXI.

Panaia, Marta (2007) “Una revisión de la sociología de las profesiones desde la teoría crítica de las profesiones en la argentina”, en *Estudios del trabajo*, N° 32, pp. 121-165.

Pellegrini Malpiedi, Micaela y Mosso, Agustina (2017) “Entre hermanas - entre mujeres: la vida cotidiana de Olga y Leticia Cossettini, Argentina, 1950 y 1980”, en *Arenal Revista de Historia de las Mujeres*, vol. 24, pp. 455-476.

Pérez Manzanares, Julio (2018) *Mirar con un ojo cerrado. Un guiño contemporáneo a los géneros de la pintura*, España: Mármara.

Puppo, María Lucía y Queirolo, Graciela (2017) “Correspondencias y tensiones de la relación palabra/imagen en la cultura latinoamericana”, en *Meridional. Revista Chilena de Estudios Latinoamericanos*, N^o 9, pp. 7-26.

Reyna, Carla (2016) “La profesionalización de la educación sanitaria en la Argentina de los años sesenta: influencias internacionales, circuitos académicos y núcleos de formación técnica”, en *Avances del Cesor*, N^o 15, pp. 181-201.

Riello, Giorgio (2016) *Breve historia de la moda. Desde la edad media hasta la actualidad*, Barcelona: Gustavo Gili.

Sarti, Rafaella (2003) *Vida en familia. Casa, comida y vestido en la Europa Moderna*, Barcelona: Crítica.

Sontag, Susan (2005) *Sobre la fotografía*, Buenos Aires: Alfaguara.

Unesco, *Patrimonio*, <https://es.unesco.org/creativity/sites/creativity/files/digital-library/cdis/Patrimonio.pdf>

Vigarello Georges (2005) *Corregir el cuerpo. Historia de un poder pedagógico*, Buenos Aires: Nueva Visión.

Fuentes y Archivos Consultados

En ARCHIVO GENERAL de la NACIÓN

Memorias del Ministerio de Instrucción Pública

En ARCHIVO de la ESCUELA TÉCNICA de CENTENO

Entrevistas a ex alumnas y docentes:

1. Aquilanti, José (2016, 4 de septiembre), entrevista realizada por Caldo, P. y Pellegrini, M.
2. Bocci, Ana (2016, 3 de agosto), entrevista realizada por Caldo, P. y Pellegrini, M.
3. Brutinel, Marta (2016, 28 de julio), entrevista realizada por Caldo, P. y Pellegrini, M.
4. Bustos, Nilda (2016, 14 de agosto), entrevista realizada por Caldo, P. y Pellegrini, M.
5. Cabral, Mirta (2016, 8 de septiembre), entrevista realizada por Caldo, P. y Pellegrini, M.
6. Corradini, Nelli (2016, 7 de julio), entrevista realizada por Caldo, P. y Pellegrini, M.
7. Cosimi, Elisa, (2016, 3 de agosto), entrevista realizada por Caldo, P. y Pellegrini, M.
8. Delfino, Elena, (2016, 3 de agosto), entrevista realizada por Caldo, P. y Pellegrini, M.
9. De La Varga, Marta (2016, 14 de agosto), entrevista

realizada por Caldo, P. y Pellegrini, M.

10. Díaz, Marina (2016, 4 de septiembre), entrevista realizada por Caldo, P. y Pellegrini, M.
11. Galetto, Leopoldo (2016, 29 de agosto), entrevista realizada por Caldo, P. y Pellegrini, M.
12. Gennero de Montivero, María Inés (2016, 8 de septiembre), entrevista realizada por Caldo, P. y Pellegrini, M.
13. Giampaoli, Nimia (2016, 7 de julio), entrevista realizada por Caldo, P. y Pellegrini, M.
14. Manchini, María (2016, 28 de julio), entrevista realizada por Caldo, P. y Pellegrini, M.

Títulos y certificaciones

Boletines de calificaciones

Fotografías

Planificaciones de docentes

Libros de actas de Asociación Cooperadora

ÍNDICE

9	PRESENTACIÓN (A CARGO DE MARTA BONAUDO)
11	INTRODUCCIÓN
17	DE ESCUELA HOGAR DE MUJERES A ESCUELA TÉCNICA PROFESIONAL MIXTA
33	INDICIOS VISUALES DE 80 AÑOS DE VIDA ESCOLAR...
57	REFLEXIONES FINALES
63	BIBLIOGRAFÍA
66	FUENTES Y ARCHIVOS CONSULTADOS



CONICET



I S H I R

Agujas, maderas y pinceles es un libro de historia que recupera del pasado la experiencia educativa de una escuela que, en sus orígenes, formaba mujeres para el mundo del trabajo, transformándose luego en mixta sin perder su objetivo educativo: la profesionalización de los trabajadores. Por lo cual, las vivencias, argumentos y nombres propios que se referencian son los de mujeres y varones que, como vos o yo, todos los días buscamos estrategias y perfeccionamos sentidos para enfrentar la vida.

Así, en este libro se encuentran entradas para pensar la historia de las mujeres en perspectiva de género, del mundo del trabajo, de la profesionalización de oficios y de las prácticas educativas destinadas a la población de adultos en contextos rurales. Si acercamos la lente analítica, en estas páginas revisaremos marcas singulares que, la historia de la Escuela de Educación Técnico Profesional N° 673 de la localidad de Centeno (Provincia de Santa Fe), fue dejando durante sus ochenta años de existencia. Sin embargo, alejando la mirada podemos poner en contexto a esta institución para que dialogue con las políticas educativas de diferentes épocas a los fines de interpretar los contrapuntos entre las prescripciones educativas y las prácticas situadas.